

EL ESPEJO DE ECO

Vásquez, Víctor*
Universidad de Los Andes
Venezuela

Resumen

El mito antecede a la historia. Cada pueblo lleva consigo las marcas de una simbología mítica que están guardadas en el tiempo. La relación y el encuentro pasajero entre Narciso y Eco, es el pretexto para destacar la trascendencia del lenguaje, y cómo se adentra con las palabras en los cuerpos visibles e invisibles de la tradición de Occidente. Las palabras como desocultación y como diálogos tejen las historias que aunque el tiempo va difuminando, perdurarán en la cultura Occidental. El Espejo de Eco es un juego entre la ficción y la realidad, un acercamiento al mito por medio de la palabra.

Palabras clave: mito, realidad, historia, lenguaje.

Abstract

The myth predates history. Each village bears the marks of a mythical symbolism that are saved in time. The relationship and passenger encounter between Narcissus and Echo, is the pretext to highlight the importance of language, and explores how the words in the visible and invisible bodies of the Occident tradition. Words such as dialogues and unconcealed knit stories but time fades away, last in the Occident culture. The Mirror of Eco is a game between fiction and reality, an approach to myth through the word.

Keywords: myth, reality, history, language.

*Licenciado en Historia, egresado de la Universidad de Los Andes (ULA). Mag Scient en Literatura Latinoamericana (ULA-Trujillo). Investigador activo del Centro de Investigaciones Literarias y Lingüísticas "Mario Briceño-Iragorry" E-mail: vasquezvictoj@hotmail.com

Finalizado: Barquisimeto, Septiembre 19-2013 / Revisado: Octubre 21-2013 / Aceptado: Diciembre 8-2013

Algunas veces Protarco, el estilo festivo es un desahogo en las indagaciones serias.

Sócrates

EN EL ESPEJO de Eco no se miran los que carecen de palabras. En la fuente de Narciso no se bañan los que se conocen a sí mismos. La caverna de Eco es un mundo de sombrías palabras. En la vida sólo viven los que hablan, y Eco ya no es la ninfa que cuenta historias. Es sólo un Eco de sus recuerdos. Según Ovidio (1968) Eco entretenía a Hera contándole historias, mientras Zeus se divertía con las ninfas de las montañas; entonces la diosa la castigó a que únicamente repitiera la última sílaba de las palabras. Miremos el mito,

Estaba Narciso solo y Eco se le acercó:

-Quién está aquí- preguntó el bello joven-

...está aquí- contestó Eco.

¿Dónde estás?

...estás

¿Por qué huyes?

...huyes.

¡Juntémonos!

...¡juntémonos.

Finalmente Eco y Narciso se encuentran y la doncella abraza al ya desilusionado mancebo, quien dice terriblemente frío: “¿no pensarás que yo te amo?...yo te amo- dice Eco llena de congoja. ¡Permitan los dioses soberanos que antes la muerte me deshaga que tú goces de mí! ...- que tú goces de mí- gime Eco mientras Narciso huye del lugar” (Ovidio, 1968; 300).

Cuando distraía a Hera para que Zeus se solazara con sus amantes, Eco no podía imaginar un destino tan cruel: sentir que de su boca salía el sonido de una palabra sin lenguaje. Para otra ninfa a lo mejor este castigo podría ser insignificante, pero para Eco no, puesto que ella posee el don de la palabra. Es la Sherezade del mundo griego y quedarse sin palabras y las historias que ellas recrean, significaba entrar en el umbral de la muerte. Con el mito de Eco y su desgraciado

encuentro con la diosa del hogar, se confirma la importancia del lenguaje en la tradición lingüística de Occidente. El lenguaje como vehículo fundamental de la tradición está presente, además del mito, en la famosa oratoria ática. Lo vemos en Tucídides (1968) en la *Guerra del Peloponeso*; cuenta el historiador que ante la inminente guerra entre Atenas y Esparta, por estrategia o descuido, los atenienses no enviaron a sus embajadores al Senado de de la Polis griega, y ante la evidente ausencia, los espartanos proclamaron la defensa de su causa, pero unos mercaderes atenienses que se encontraban en Lacedemonia tomaron la palabra en el Senado a favor de la causa de su Ciudad-Estado. (Tucídides, 1968).

Apartando el relato bíblico, es imposible rastrear el significado que la primera palabra tuvo al momento de ser pronunciada. Difícil es, también, determinar en qué lugar de la tierra se nombró por primera vez. Ninguna ciencia logrará tal hallazgo. En los infinitos caminos de la cultura se pierden de vista las andanzas de las palabras no domesticadas. Pero haciendo una exploración de las acciones de los hombres en la Tierra nos encontramos que el origen de la palabra, esto es, el origen del lenguaje humano, posee una identificación absoluta con la noción mitológica del mundo. En Teogonía de Hesíodo, se menciona como Prometeo, bienhechor de la humanidad, hijo de Yapeto y de la oceánida Climene, roba la chispa del fuego sagrado de los dioses del Olimpo y lo entrega a los hombres. Ese fuego convertido en chispa enciende en los corazones de los hombres la necesidad de vivir en íntima conexión con lo sagrado. Recordemos el mito: Prometeo viaja a la isla de Lemnos y roba a Hefesto pocas centellas y las lleva a los humanos en una caña.

El Dios supremo se encolerizó y ordenó que Hefesto, Dios del fuego, hijo de Zeus y Hera, encadenara al titán en el risco más alto de la tierra. Allí, encadenado, sufría la visita que a diario hacía un águila para devorarle el hígado que todas las noches volvía a renovarse. El

suplicio culmina cuando Heracles atraviesa la región y mata al ave. Entonces, el titán revela a Zeus el secreto de un antiguo oráculo que dijo que si el cronida tenía un hijo de Tetis sería con el tiempo destronado. Además del castigo a Prometeo, el dios supremo envió a los mortales nuevas calamidades, entre ellas, a la famosa Pandora. Ahora bien, el fuego sagrado aleja a los mortales de las cavernas y los hace más humanos. Con la ayuda de la divina invención los humanos se alumbran en los pasos que darán en el escurridizo escenario de la vida. Ya no están solos, llevan a todas partes el tesoro que reciben del Previsor. Así lo pronuncia el titán en el Prometeo Encadenado de Esquilo:

(...) y oíd los males de los hombres y como de rudos que antes eran los hice avisados y cuerdos... Semejantes a los fantasmas de los sueños, al cabo de siglos aún no había cosa que por ventura no confundiesen... Debajo de la tierra habitaban a modo de ágiles hormigas en lo más escondido de los antros donde jamás llega la luz... Por ellos inventé los números, ciencia entre todas eminente, y la composición de las letras, y la memoria, madre de las musas, universal hacedora (Esquilo, 1968; 26).

La palabra desciende de las lágrimas de Prometeo y abandona momentáneamente el Olimpo para entrar en un escenario de dudas y esperanzas. Por él, por Prometeo, los humanos pronunciaron la primera palabra que nace en un espacio concreto: la transición de la caverna a la luz, y se esparce por los confines del mundo nombrando todo lo que encuentra a su alrededor. La palabra no es local, la palabra es trascendental, es contacto, es difusión, es comunicación. Casi un siglo después de Esquilo, nace en Atenas otro mensajero de la palabra, me refiero a Platón que en *La República*, específicamente en el Mito de las Cavernas, destaca cómo el ser deja los recintos de la oscuridad y al entrar en contacto con el sol, la luz, se aparta del mundo de la pseudoconcreción para transitar por los alucinantes senderos de la palabra. La voz, la palabra, el signo, lo que nombra, sale

de las sombras y se maravilla con el vuelo de las aves. La palabra es el ojo que ve, que contempla y danza. La palabra no es local. Ella se mueve al ritmo de la creación divina.

Continuando con Platón, observamos en el Diálogo Fedro o del amor como Sócrates narra la historia del dios Teut y el rey Tamus para destacar el origen de la Escritura. El dios Teut se presentó ante el rey Tamus y le manifestó las artes que había inventado. El rey escuchó atentamente y exigió al dios que hablara de las razones en pro y en contra:

Oh rey, esta invención hará a los egipcios más sabios y servirá a su memoria; he descubierto contra la dificultad de aprender y retener... el rey Tamus responde: ella no producirá sino el olvido en las almas de los que la conozcan, haciéndoles despreciar la memoria; fiados en este auxilio extraño abandonarán a caracteres materiales el cuidado de conservar los recuerdos, cuyo rastro habrá perdido su espíritu (Platón, Fedro p.229).

La palabra hablada puede, a diferencia de la escrita, lograr el enlace entre la esencia de las cosas y lo que se pronuncia. La palabra se hace memoria y logra transmitirse de generación a generación sin perder el espíritu que la hizo engendrar.

Será Heródoto de Halicarnaso el autor de una narración aparentemente real que habla de la disputa entre frigios y egipcios para definir cuál de los dos pueblos es el más antiguo. Los egipcios presumían ser los primeros pobladores del mundo. Esta presunción se escenifica en tiempos del rey Psamético, allá por los años 3300 ac. Cuenta Heródoto:

(...) queriendo aquel rey averiguar cual de las dos naciones había sido realmente la más antigua echó mano finalmente de original invención. Tomó dos niños recién nacidos, de padres humildes y vulgares y los entregó a un pastor para que allá entre sus apriscos los fuese criando de un modo desusado, mandándole que los pusiera en una solitaria cabaña, sin que nadie delante

de ellos pronunciara palabra alguna... Estas precauciones las encaminaba Psamético al objeto de poder notar y observar la primera palabra en que los dos niños al cabo prorrumperon al cesar en su llanto e inarticulados gemidos... A los dos años, los niños pronunciaron la palabra becos, vocablo que designaba el pan entre los frigios. A la vista de esta experiencia dejaron los egipcios de anteponerse a los frigios en punto de antigüedad (Historiadores griegos, pp. 107-108).

A través de leyendas americanas y mitos africanos, el filósofo venezolano J.M. Briceño Guerrero indaga sobre el origen de la palabra. Elabora una exploración mitológica, un tratamiento científico y un enfoque filosófico del origen del lenguaje. En la exploración mitológica del lenguaje trae a colación un cuento del antropólogo Lévi-Strauss. Cuenta:

Cuando hubo sacado a los hombres de las entrañas de la tierra, el demiurgo Orekajuvakai quiso hacerlos hablar. Les ordenó ponerse en fila, uno tras otro, y llamó al lobito para que los hiciera reír, el lobo hizo toda clase de monerías, se mordió la cola, pero en vano. Entonces Orekajuvakai hizo venir al sapito rojo, quien divirtió a todo el mundo con su manera, cómica de caminar. La tercera vez que pasó a lo largo de la fila, los hombres comenzaron a hablar y a reír a carcajadas (Citado por Briceño Guerrero, *El origen del lenguaje*, p.19).

El habla y la risa establecen la diferencia entre el hombre y los animales. El habla contiene la esencia misma del ser. Con la palabra el hombre crea al igual que los dioses y se distancia de los espejismos del tiempo. Y será la poesía la que logrará el milagro para que los hombres trasciendan el rutinario curso de la cotidianidad y se sitúen en una esfera cercana a la divinidad. En un excelente ensayo de estética, Martín Heidegger, recoge un fragmento de una carta de Hölderlin referida a la relación entre la poesía y la palabra: “Y se le ha dado al hombre el más peligroso de

los bienes, el lenguaje... para que muestre lo que es... (Heidegger, 2006;94).

Pero volvamos al mito de Eco y luego le pediremos a Ovidio que nos hable de Narciso. Desde estos relatos intentaremos comprender, desde una reflexión hermenéutica, las intrincadas conexiones de la palabra que se refleja en sí misma como otra, es decir, que la palabra no es la reproducción convencional del objeto, ni tampoco está en el mundo para coincidir con la cosa, como parece transmitir el Cratilo de Platón, sino que ella, como lenguaje posee una verdad que trasciende el simple espectáculo de la representación. La palabra es diálogo y sin éste no existiría ninguna posibilidad de comprender la historia humana. En el espejo de Eco no se miran las palabras como lenguaje, porque lo que sale de su boca es apenas un gemido que ni siquiera se acerca a un balbuceo. Sabemos, por experiencia que para comprender esa verdad solo hay que gritar en la puerta de una cueva. No obstante, creemos necesario seguirle los rastros a los mitos de Ovidio para tener una visión que se ampliará con las reflexiones de Platón, Hegel, Heidegger, Gadamer y Aníbal Rodríguez.

Prosigamos con el mito. Es la opinión de todos, incluyendo a Gadamer, que el mito precede a la historia, dice:

Las palabras narran nuestra historia. Que la palabra mito haya sobrepasado el lenguaje del erudito y que, después de hace cerca de dos siglos tenga su propia resonancia, preferentemente positiva, es un hecho que verdaderamente invita a la reflexión (Gadamer,1999;23).

Es cierto que en tiempos tan cercanos a la verdad absoluta de la ciencia, el mito carece de importancia. En un mundo dominado por el saber que llega a superar a la misma razón, el mito sólo sirve para la diversión y el esparcimiento. No en vano la industria cinematográfica actual estrena todos los años historias míticas con extraordinario éxito de taquilla. Sigue Gadamer: “...justamente en esta época de la ciencia se infiltra la palabra

griega, elegida para expresar un más allá del saber y de la ciencia en la vida del lenguaje y de las lenguas” (p. 23).

Ese más allá de la ciencia y del lenguaje lo percibimos en la historia de Eco y su fugaz encuentro con Narciso. La ninfa que hablaba, que distraía y contaba historias a Hera, pierde el habla y toda posibilidad de dialogar. Al perder el habla pierde la vida porque el ser que no habla “... s un prisionero, un eco, que repite las palabras de los transeúntes y cree que las sombras hablan” (Platón, 1965;1270).

El que se mira en el espejo de Eco es un Dorian Grey sumergido en la fuente de Narciso. Es un ser atrapado en las reminiscencias que imposibilita a la memoria a seguir el curso de la existencia. Cuando Eco se encuentra con Narciso ya no tiene memoria, y quizá -eso no lo sabremos nunca-, sólo percibe el momento de un lejano tiempo. A todas estas, ¿qué es la reminiscencia?, dejemos que lo diga Sócrates en Filebo: “Cuando el alma sin el cuerpo, y retirada en sí misma recuerda lo que ha experimentado en otro tiempo con el cuerpo, llamamos a esto reminiscencia (Platón, 1965;778).

Eco, en ese instante, cuando se tropieza con Narciso, es una ninfa hermosa que atrapa la mirada de joven. Es curioso que él que antes desdeñaba a mancebos y doncellas, ahora se fijan en la ninfa y sigue sus pasos. En el mito se percibe cómo busca a la mujer mientras ella huye. El impacto visual o el placer momentáneo que siente Narciso hace que piense en la unión con la desgraciada ninfa que lo único que desea es desaparecer. Ante la precisa pregunta: ¿Quién está aquí?, surge la indeterminada respuesta: ... ¡esté aquí! Está aquí, no habla de quién está, ni cómo, ni dónde, y menos desde cuándo. Es un estar puesta ahí, arrojada y expulsada de la vida. ¿Dónde estás ...estás. Después de esta respuesta, o de ese eco, Narciso intenta ayudarla y precisar su ubicación en el mundo; no olvidemos, pensando con Gadamer, que Eco se mueve en el mismo entorno de Narciso. Qué dice el mito del joven:

Narciso, hijo de Cefiso y la ninfa Liríope. El adivino Tiresias, según versión de Ovidio, al ser llamado por los padres para conocer el destino del niño, predijo que éste llegaría a viejo si no se veía a sí mismo (Bartra, 1985:130).

El resto de la historia la conocen muy bien ustedes, Narciso es castigado por Némesis, que hizo que se viera reflejado en el agua. Desde entonces, cuenta Fraser en la Rama Dorada, que incontables pueblos creyeron que el alma humana está en la sombra de Narciso y también que el alma está en el agua o en los espejos (Fraser, 1944).

El lenguaje comunica si existe un emisor y un receptor que por medio de un canal ponen en acción un código. En este caso, el Narciso no descubierto, interroga a Eco, ¿Por qué huyes?...huyes. El acento de de voz de Narciso no admite ambigüedad, va directamente al asunto porque necesita concreción, es vital su necesidad de palabras. Si miramos bien los dos mitos, comprobaremos que ambos, aunque de naturalezas distintas, no pueden existir sin el otro. Eco tiene la voz, al menos eso es lo que imagina Narciso. Y éste tiene la belleza que impresiona los sentidos. Por ello, finalmente Narciso balbucea:

¡Juntémonos!, y Eco gime ...
juntémonos.

La voz no se une al cuerpo. Con la palabra no se atrapa la efímera belleza. Por tanto, Narciso parece embelesado con su imagen y los huesos de Eco “se transformaron en peñascos y de ella sólo sobrevivió su dulce voz que se halla en todas partes (Bartra, 1985;58).

El lenguaje teje su historia con los hilos infinitos de las palabras. Mirar, sentir, oír, oler y husmear en el cuerpo de la historia significa hacer un recorrido por el asombro del ser ante el espectáculo del mundo. Ser y lenguaje recorrieron el mundo mucho antes del pensamiento socrático-platónico. La palabra y la acción de hablar se convirtieron en conceptos y visitaron la existencia humana desde tiempos muy lejanos. Pero, es con

la Filosofía Occidental, nacida en Grecia y difundida en todos los rincones del planeta, que el hombre disfruta de la esencia del lenguaje: encontrarse con el otro en un diálogo amistoso. Desde Oriente hasta Occidente, no existe mejor método para transmitir los conocimientos que aquél que de la mano de la razón y la ciencia difundió el “milagro griego”.

Mucho antes que la Filosofía viniera al mundo, el mito vivía al lado de la poesía. Al decir de María Zambrano “El poeta es en sí inmortal. Justo es que vague por los arrabales de la ciudad de la razón del ser y de la decisión”(citado por Yusbéliz Silva en el *Romanticismo Mítico en la obra de Vicente Gerbasi*, 2010;21). En esos arrabales de la razón, el poeta va nombrando y combinando las cosas que se mueven en el mundo. Y, en ese deambular por los senderos de la vida instaura una verdad, como bien lo expresa Heidegger en *Arte y Poesía*: “Pleno de méritos, pero es poéticamente como el hombre habita la tierra” (2002:50)

No obstante, esa verdad nunca llegará a la esencia de sí mismo y tampoco pretenderá comunicar la esencia en sí. En este sentido, Gadamer en *Poema y Diálogo* concluye diciendo en el excelente ensayo sobre Stefan George:

Lo que el poeta se dice a sí mismo como un oráculo de la tierra es que nadie tiene el poder de comunicar su propia esencia a través de la palabra. Quizá lo sepa uno que vendrá después, uno que reconozca lo que en su momento estaba presente y desconocido como la gran posibilidad de la vida (Gadamer,1993;35).

El espejo de Eco es la mirada especular desde la escritura para que la palabra ajuste posibles significaciones entre el mito, la poesía y la filosofía. Sabemos que lo que finalmente se instaura es el pensamiento; es la razón encarnada desde el Espíritu la que vive en la fluctuante y escurridiza presencia humana. Gadamer coquetea con la poesía pero sólo desde la hermenéutica del

lenguaje. Sigue, quizá, los pasos de su maestro Heidegger cuando se ocupó de la Estética. No olvida a Platón, aunque conoce la intriga de Aristóteles, cuando dijo, citado por Hegel, que el que hace filosofía aventurándose con el pensamiento mitológico, simplemente hace otra cosa distinta.

“Aquellos que filosofan de una manera mítica no merecen que uno se ocupe seriamente de ellos” (Hegel,1975;180).

Hegel intuye que el interés de Platón por los mitos guardan un misterio que está cerca de sus diálogos. El filósofo alemán cree que es probable que en los mitos platónicos haya una verdad. Hegel también hace referencia a su amigo Friedrich Creuzer, quien hizo un estudio del Simbolismo y la mitología de los pueblos antiguos, con atención principal en los griegos. Este trabajo fue muy respetado por el filósofo alemán y hasta defendido en el círculo exigente de la Filosofía con estas palabras:

Que en la mitología y en los misterios de los antiguos estén contenidos realmente tales pensamientos es bastante seguro; pues las religiones, y en ellas lo mitológico de las mismas, son productos del hombre en lo que la humanidad ha ido depositando sus cualidades más elevadas y más profundas, la conciencia de aquello que es verdadero (Hegel,1975;170).

Y es por medio de Hegel, y su defensa inquebrantable de la Filosofía que llegamos a Verdad y Método, para ir hilando las significaciones de la palabra para pensar y dialogar. Desde una mirada poética, cruzaremos el espejo de Alicia y nos acercaremos al penúltimo resplandor del espejo gadameriano: su preocupación por la hermenéutica y su indisoluble conexión con el lenguaje. No es casual, en los filósofos no existe nada casual, que Gadamer, antes de iniciar su desarrollo de *El Lenguaje como medio de la experiencia hermenéutica*, introduce un epígrafe de F Schleiermacher: “Todo lo que hay que presuponer en la hermenéutica es únicamente lenguaje”. Un

lenguaje que inicia una conversación con sus amigos y lectores sin saber, como él mismo dice, qué dirección llevará. Y es que el lenguaje viene del infinito y se pierde en la distancia del tiempo. Porque,

Una palabra conduce a la siguiente, la conversación gira hacia aquí o hacia allá, encuentra su curso y su desenlace, y todo esto puede quizá llevar alguna clase de dirección, pero en ella los dialogantes son menos los directores que los dirigidos (Gadamer,1993;461).

En el teatro se comprueba esta verdad. En el escenario, los actores obedecen un guión que es dirigido austeramente por un Director. Y, aunque la puesta en escena da libertad a los actores, finalmente, se impone la voluntad del Director. En la vida no es así. En la vida la conversación solo tiene límites si no existe una comprensión del lenguaje. Si fuéramos testigos de una sabia conversación, por ejemplo, la sostenida por Sócrates y Diógenes, antes de la ejecución por impiedad, y no comprendiéramos los sistemas filosóficos de ambos, es obvio que quedaríamos en la luna. No obstante, si tuviéramos formación podríamos tener una opinión de aquella conversación. Sin embargo, esa opinión no sería el desvelamiento de una verdad, porque esa opinión sería una más en medio de un oleaje interpretativo.

La formación nos ayuda a comprender por medio de la experiencia para remar en medio de un oleaje interpretativo, y es el lenguaje de esa comprensión el que nos provee de una experiencia para navegar en las turbulentas aguas del quehacer humano. Es curioso que Platón no haya dialogado con los cínicos. Pero ese es otro asunto. Aquí nos interesa comprender por qué Narciso rechaza a Eco. A través de la mitología se conoce que Narciso es joven tocado por fatum, que no puede verse porque muere al instante. Y aunque durante muchos años no se vio en el reflejo del agua, sabe de su hermosura. Ese Narciso que aún no se ha mirado, es un hombre que huye del otro, que no dialoga, que desdeña cualquier pretensión

amorosa; en fin, es un ser imposibilitado, con un logos enclaustrado en sí mismo, que no permite filtrar por ninguna hendija la luz del lenguaje. La palabra es la razón que intenta comprender su relación con la cosa, comprender su relación con el fenómeno Eco. Y más allá de las teorías del Cratilo de Platón, la convencionalista que cree que “la única fuente de los significados de las palabras están en la univocidad del uso lingüístico que se alcanza por convención y ejercicio (...) y la que defiende la coincidencia natural de palabra y cosa” (Gadamer,1993;488), es comprensible que para Gadamer lo más importante es que el lenguaje sea palabra en el tiempo, y que las palabras sean un diálogo ininterrumpido con la tradición de todos los pueblos de la tierra. Ante de los griegos, antes de Occidente, y antes de que Platón viniera al mundo, ya la palabra andaba suelta de boca en boca; esa voz que se pierde en la distancia, como dijimos al comienzo, es la que nos mueve y nos une a lo largo y ancho de la historia cultural del hombre.

La palabra significa y descubre. Siempre va al encuentro de un significado. Y ese camino lo recorre al lado del logos y de la experiencia. La palabra es diálogo y verdad, nunca ocultamiento. Es, como dice Santo Tomás, el reflejo de una voz que habló al comienzo de la historia. No existen formas para esconder lo que la palabra quiere decir, ni siquiera el lenguaje puede ocultarlo. La palabra deja de mirarse a sí misma para mirar al otro y en ese acto se ve reflejada. Es conocido que no existe un “yo” sin el “otro”, así como no existe el lenguaje sin diálogo. El pensamiento es palabra, y la palabra pensamiento. La verdadera esencia del lenguaje se puede develar en el diálogo, no obstante, para lograrse en menester una larga conversación. Es probable que desaparezca el diálogo, como aconteció entre Eco y Narciso, pero nunca desaparecerá la naturaleza divina de la palabra. Ella ha penetrado tanto la vida que sería un desastre vivir si no está. Así lo cre Gadamer “Tan dentro del logos está el lenguaje” (Gadamer,1993;501). Es cierto,

así como tan adentro de Narciso estaba la intuición que no se uniría a ningún mortal, y por supuesto, jamás se uniría a un ser sin palabras y sin ninguna posibilidad de dialogar.

Así pues, el lenguaje, más que encuentros y desencuentros, es la posibilidad que tiene el ser para meter los ojos en el umbral de la vida. Es como dice Aníbal Rodríguez “como si una luz se nos escondiese en el entendimiento” (Rodríguez,2005;161).

El hueso duro del lenguaje que va royendo el hombre baja de la caverna donde Eco se escondió para morir de pena: “sus huesos se transformaron en peñascos y de ella sobrevivió su dulce voz, que se halla en todas partes”.

Referencias bibliográficas:

- Bartra, Agustí.(1985) *Diccionario de Mitología*, Grijalbo, Barcelona, Esquilo Teatro griego. Prometeo encadenado, Edad, Madrid.
- Gadamer, Hans-Georg. (1997). *Mito y Razón*. Paidós, España.
- Gadamer, Hans-Georg. (1993). *Verdad y Método*, Sígueme, Salamanca.
- Gadamer, Hans-Georg. (1993). *Poema y Diálogo*, Gedisa,Barcelona.
- Heidegger, Martín. (2006). *Arte y Poesía*, F.C.E, México.
- Hegel. (1975). *Historia de la Filosofía*, Aguilar, Argentina.
- Hesíodo (1982). *Teogonía*, Editorial Porrúa, México.
- Ovidio. (1968). *Las Metamorfosis*, Edad, Madrid.
- Platón (1965). *La República*, Edad, Madrid.
- Rodríguez, Aníbal (2005). *Poética de la Interpretación*, Universidad de los Andes, Consejo de Publicaciones, Mérida.

Silva, Yuabéliz. (2010). *El Romanticismo mítico en la obra de Vicente Gerbasi*.

Tucídides (1968). *La Guerra del Peloponeso*, Edad, Madrid.